

# **CONTENIDO**

## **CAPÍTULO 19**

### **INDICE GENERAL**

### **CAP. 18, 2º PARTE**

#### **CONFERENCIA DEL 9 DE OCTUBRE DE 1909**

- |    |                                   |     |
|----|-----------------------------------|-----|
| 1. | Discurso del Dr. Juan Balestra    | 543 |
| 2. | Discurso del Sr. Osvaldo Saavedra | 561 |

### **2º PARTE**

## CAPÍTULO XIX

---

# DISCURSOS

---

DEL DOCTOR JUAN BALESTRA

Pronunciado en la instalación del comité circunscripcional  
de Santa Lucía el 9 de Octubre de 1909

Señor Presidente de la Junta Nacional:

Convecinos y amigos:

Ha llegado la hora de una nueva lucha política, en la rotación constitucional de los poderes; de todos los rumbos de la opinión se cita al pueblo para enrolarse en la campaña, agrupándose según sus preferencias. Aquí, en esta asamblea, podemos decirlo sin vanagloria y sin sorpresa, — porque es la tradición y el exponente de Santa Lucía — está, respondiendo á uno de esos llamados, lo más numeroso y lo más representa-

tivo de su vecindario, que aclama la candidatura presidencial del doctor Sáenz Peña.

Este vecindario tiene rasgos de consecuencia y de eficacia que le han dado una significación peculiar en las luchas políticas de la metrópoli. Constituido por hombres de labor, rimando su actividad con el ruido del taller y de la fábrica y la trepidación continua del tráfico, que mueve la producción interna y externa; desprovistos de esos centros de lujo y de placer que sobreactivando la vida, fácilmente empujan, si no á la disipación de las energías, por lo menos á cierto epicureísmo indiferente ante las tareas rudas, su espíritu político participa de la seriedad del trabajo, de la constancia, de la honradez y de la intimidad de los afectos amistosos criados al amparo de la vida sencilla, de la franqueza en el trato y de la lealtad, probada día á día, no en el aparatoso juego de los convencionalismos sociales, sino en las ásperas pero reconfortantes realidades del esfuerzo individual y colectivo.

La candidatura Sáenz Peña ha tenido el sugestivo poder de borrar aquí, como en casi todo el país, las líneas divisorias que nos habían dejado las antiguas luchas: podríamos señalar en el seno de esta asamblea á los hombres más representativos de todas las viejas tendencias, que han venido á confundirse en el gran programa, como las corrientes variadas, distantes y hasta opuestas de los arroyos y de los ríos de



nuestra tierra, vienen en su última acción, á vaciarse en el gran estuario, como buscando la unión multiplicadora que les ha de dar un exponente y un realce común. Es que esa candidatura representa por el ciudadano que la encarna, por los hombres que la apoyan y por el programa que la define, no sólo la renovación periódica del gobierno establecida por la Constitución, sino también el salto más intrépido hacia el porvenir intelectual, realizado por un pueblo anheloso de destruir las silenciosas pero eficaces influencias del pasado, — que acaso sean vicios ingénitos de la formación social sudamericana — que nos iban lentamente mejicanizando con las artes de un cuitado y tanteador “porfiriato” político.

Tan vivo, tan palpable es este sentimiento público, que también se lo puede reconocer en el origen inspirador de la candidatura opuesta del doctor Udaondo, ciudadano austero, al cual los excesos y las desnaturalizaciones de sus partidarios no han de ser parte á privarlo de las consideraciones que nos merece.

Oiréis por allí hablar de revolución: es una pesadilla que nunca falta en estas épocas electorales; pues bien: la verdadera, la noble, la casi increíble revolución en este país, es la de que vaya á la Presidencia de la República Roque Sáenz Peña, después de estar proscripto decenas de años de una vida pública que no toleraba ni su altivez, ni su talento, ni su virtud, ni su heroísmo. Dentro del país, se le vió, desde su

primera juventud, ubicarse en la última de las divisiones de aquel pensador, que compartía á los hombres en tres categorías: la de los que siempre fueron niños, la de los que siempre fueron viejos, y la de los que nunca fueron viejos, ni niños, porque siempre fueron hombres. Nadie le disputó á Sáenz Peña su puesto del primer caballero de su generación. En política — podemos afirmar con visible seguridad — que han sido muchas más las posiciones que lo buscaron que las que él aceptó; que ha renunciado, por razones de convicción y honor, más años de vida parlamentaria que los que ha ocupado una banca en la Legislatura Nacional; que ha estado siempre más cerca del sacrificio que de la ambición, de los caídos que de los dispensadores; que se ha mostrado constantemente inapto para la docilidad provechosa y hasta para seguir la inspiración ajena, — aunque ella fuera levantada y aunque viniera de Luis Sáenz Peña ó de Carlos Pellegrini, — siempre que no estuviese concorde con su pensamiento, tan propio como intenso y tan humano como caballeresco.

Fuera del país, en Norte América y en Europa, ha proporcionado á su patria todas las sorpresas que estos países nuevos, ansiosos de probarse, pero desconfiados de sus juveniles fuerzas, ante la pesada y dominante tradición del gran mundo histórico, experimentan, al ver á uno de sus hijos proyectado de golpe en la tela del gran escenario internacional.



Su figuración en el Congreso de Wáshington, batiéndose á lo yankee, á número, estadística y sociología con Blaine, y proclamando aquel “América para la humanidad” que es la síntesis más completa de nuestra ubicación política, social y material en el mundo; y su actuación en el último Congreso de La Haya y en la Legación de Italia, lo han puesto, indiscutiblemente, al frente de nuestros internacionalistas: si á cualquier canciller europeo se le pidiera su opinión, señalaría, sin duda alguna, á Sáenz Peña y á Drago como las dos primeras eminencias de la política exterior argentina. Si á cualquier argentino — de cualquier partido — se le preguntara, en una de esas horas de conflictos que suscitan tribulación nacional, en uno de esos momentos que no permiten falsificar los sentimientos, ¿cuáles serían el corazón y la cabeza más preparados para defender los derechos, el honor y la gloria de la República? seguramente, señores, que no vacilaría para indicar la figura serena, pensadora y auspiciosa de Roque Sáenz Peña.

Y bien: todo lo que me habéis oído, era el doctor Sáenz Peña para todos los argentinos — que pudieran pensar sin interés y sin odio — hasta el día en que surgió su candidatura presidencial: pero desde ese día ciertos elementos, cuya inspiración — á veces subterránea — se advierte, cuyo propósito se trasluce, pero cuya actuación debe ser acogida como excelente auspicio — porque la política sin oposición es

agua estancada que no aerea el batir de los remos — han querido continuar insistiendo en la tarea de reducir su actuación á estos dos términos: Ministro de Juárez: Candidato oficial del Presidente de la República.

La fórmula es de lo más simplista, como veis: responde íntegramente, á esa necesidad latina, agravada entre nosotros por la juventud nacional, de convertir el ejercicio de la vida política, que debe ser permanente para ser provechoso, en una crisis espasmódica, en la que basta para recuperar el tiempo perdido con suplir la razón con la injuria y hacer seguir el carro del vencedor con un pregonero que le vaya salpicando el rostro con el insulto.

El tema es decididamente viejo: pero su repetición lo renueva: toleradme entonces volver á abordarlo. Haber sido Ministro del Presidente Juárez, no es un cargo, lo fueron Alcorta, uno de los patriotas más sinceros de esta tierra; lo fué Victorica, el decano, consagrado por sus eminentes servicios y sus años, entre nuestros políticos; lo fueron Zavala, Posse, Astigueta, ciudadanos íntegros, recatados, á quienes nadie habría pretendido negar, por tal causa, la dignidad consular.

El cargo sería haber sido un mal ministro; y es el caso que Sáenz Peña sólo estuvo en el Ministerio un mes y pocos días, teniendo apenas el tiempo necesario para informarse de su despacho. Producida la revolu-



ción del 90, ¿dónde debía estar, al lado del Gobierno de que formaba parte, ó con la revolución que intentaba voltearlo? Tal pregunta es francamente ociosa ante la historia de la lealtad política argentina. Pero lo que se ignora ó no se dice y yo quiero recordar, porque aunque muy joven me tocó actuar en aquellos acontecimientos — de los cuales por lo demás hay muchos testigos, — es cuál fué la actitud del doctor Sáenz Peña al otro día de vencida por las armas la revolución, cuando en todos los centros políticos se lo señalaba como el único candidato presidencial que podría surgir en aquellas extraordinarias circunstancias.

El doctor Pellegrini y el general Roca habían planteado al doctor Juárez la necesidad de su renuncia, al otro día de la victoria militar. Tal consejo era fuertemente resistido por los amigos más íntimos del Presidente. El problema pavoroso ya no era el problema bélico: era el económico: quince días más tarde había un vencimiento de la deuda externa, que podía hacer inscribir nuestro nombre en el libro negro de la insolvencia internacional.

El empréstito externo que gestionaba el gobierno del doctor Juárez desde poco antes de la revolución, se había dificultado después de ella, por exigencias ominosas de los banqueros. Los Senadores y Diputados, fueron citados, una noche de los primeros días de Agosto, para una reunión privada en la Casa de



Gobierno. La ciudad tenía aún el aspecto de un campo de batalla abandonado. La conferencia empezó cerca de la media noche: asistía todo el Ministerio. La consulta versaba sobre si el Congreso estaba dispuesto á acompañar al Presidente con toda la decisión de las causas desesperadas; é iba sobreentendida la realización del empréstito “*quand même*” ó de cualquier medida extrema pero salvadora.

Rondaban por la sala fabricantes de las soluciones más increíbles; la gran mayoría presentaba rasgos de una sobria y entristecida expectativa. El doctor Sáenz Peña fué el último en emitir su opinión; recuerdo el espíritu de su palabra, porque lo extracté esa misma noche de impresionante recuerdo: “he reflexionado intensamente, dijo, sobre los conflictos que plantean estos momentos tan graves; y es una convicción firme de mi espíritu que ante el menor peligro de que el honor de la Nación se vea comprometido, no puede haber consideración alguna que no lleve á aceptar como defensa el sometimiento á exigencias ni á medidas irregulares. Las consecuencias de esta actitud podrán ser desgraciadas, pero no serán deshonorosas. Por mi parte no compartiré jamás la responsabilidad de los actos que se aconsejan”. Acto continuo se disolvió espontánea y nerviosamente la reunión: la caída de la presidencia quedaba definitivamente planteada.

Ese hombre, que anteponía el honor de su país á

toda ambición, á los impulsos de la lucha bravía y á las sollicitaciones premiosas de esa hora psicológica de los desastres, que, por un extraño fenómeno suele coincidir con el desencadenamiento de las ambiciones vulgares; ese hombre que se iba tranquilamente á su hogar, sin manchas y sin reproches, es el que se trata de fulminar con lo de “Ministro de Juárez”.

En cuanto á lo de “Candidato del Presidente de la República”, presenta la rara singularidad de que ya se produjo en 1892, hace nada menos que 17 años, pudiendo hoy afirmarse á ciencia cierta que entonces no era cierto. Veamos si lo es ahora. En primer lugar debo declararos con la franqueza y la verdad que ya parece tiempo de que introduzcamos en nuestras prácticas electorales, que estoy convencido de que la candidatura ideal para el actual Presidente de la República es la del doctor Sáenz Peña; y no he de dejar de añadir lo que se oye en todas las conversaciones y especialmente entre los adversarios del señor Presidente: ese es el mejor gesto que ha tenido en su gobierno el doctor Figueroa Alcorta: con él ha acreditado de tal suerte su desinterés y su patriotismo, que bastaría ese solo acto para hacerse perdonar todos los errores que haya podido cometer. Debo añadir, aún, que pienso que exactamente igual impresión moral se habría exteriorizado en el país, si el señor Presidente hubiera manifestado esas simpatías por el doctor Udaondo, por el malogrado Emilio Mi-



tre ó por cualquiera de los pocos consulares que podríamos citar, porque el país lo que exige es tener un gran Presidente y lo único que rechaza no es que los gobernantes tengan simpatías políticas, sino que traten de crearse instrumentos dóciles de perpetuación en sus sucesores.

Entiendo poder hablar de la política presidencial con la tranquila libertad de espíritu de quien cuando lo ha creído en error lo ha dicho sin subterfugios y ha ajustado su conducta á sus ideas. Si lo he juzgado sin reparos, bien puedo aplaudirlo sin mengua. Y bien: el señor Presidente de la República no ha hecho candidato al doctor Sáenz Peña, en el sentido minúsculo que es el reprobable, de crear con sólo el poder oficial una entidad política sin mérito intrínseco; un candidato presidencial — que merezca el concepto — es, en efecto, el producto de larga elaboración personal en la política contemporánea del país: si el doctor Sáenz Peña era ya presidenciable en 1892, mal podía necesitar que lo hicieran en 1909: estaba hecho: su nombre palpitaba en lo más íntimo de los afectos y de la mentalidad argentina, como la esperanza más bella y como la más inalcanzable. La verdadera acción del señor Presidente de la República sería, en tal sentido, la de no haberlo deshecho.

Pero si miramos los sucesos desde el punto de vista trascendental de los antecedentes que lo determinan, es forzoso convenir que es la política del actual Presi-

dente de la República la que ha hecho, no diré la candidatura, pero sí la posibilidad de esa candidatura en la República: no la ha impuesto, pero ha impedido que ningún ciudadano y ningún partido se arrogara el derecho de vetar la voluntad de todos los demás ciudadanos de la República que querían imponerlo, como se impone en las democracias: por el voto y con el número. Lo que se llama la imposición presidencial es la libertad para la imposición de la voluntad popular.

Hay un título que nadie podrá negar al actual Presidente de la República: ha realizado, para honra de todos, el mandato de la Constitución de que sea un ciudadano, uno solo, sin tutor oculto, sin influencias opresivas, quien ejerza la primera magistratura. Ese era el camino arduo, riesgoso y amenazante pero digno y viril, que se le planteaba desde el primer día de su gobierno; del otro lado, el eterno Satanás de todas las dudas humanas, lo tentaba con la vía ancha, trillada y muelle de los éxitos fáciles, pero menguados; de la tranquilidad gozosa pero sumisa. Las dificultades del camino abrupto, los errores en la acción compleja y obscura — sólo no yerran los que no obran — todo eso llegó; pero estaba descontado.

Mas también llegó, como reflejo y continuación lógica y natural de esa política, la confianza espontánea y resuelta de las más altas personalidades del país, insospechables de cualquier sometimiento, levantan-



do sobre el escenario electoral, libre de dueños de pueblos, esta candidatura Sáenz Peña, acogida por hombres y partidos — muchos de ellos adversos á la situación nacional — más que como un acto vulgar de la política, como la realización de un ensueño del patriotismo, destinado á ostentarse en el aniversario de la emancipación, como el exponente de la mayor armonía política que haya alcanzado la familia argentina en el primer siglo de su historia. Si los ideales de los presidentes argentinos han de juzgarse por sus sucesores — y hay buenas razones para así juzgarlos — el triunfo de la candidatura Sáenz Peña sería el más noble título de la presidencia actual.

Señores: Permitidme una palabra personal. Me he incorporado á esta campaña, sintiendo renacer todos los primeros entusiasmos del patriotismo — que no invoco en vano — porque la candidatura del doctor Sáenz Peña, á quien he conocido de cerca, representa en mi concepto el augurio más seguro para el porvenir nacional. He comenzado por dejar en la puerta del templo las sandalias empolvadas por el largo trecho recorrido en la lucha constante. Quiero, en primer lugar, contribuir en esta campaña no sólo con mi labor que ha de ser más firme y entusiasta que nunca, sino con mi desinterés; y os declaro pública, como ya lo he hecho repetidas veces privadamente, que no presentaré mi candidatura para ningún cargo electivo en la presente contienda. Quiero contribuir al

triunfo desde el llano, entre vosotros, que sois testigos diarios de mi vida, modesta y transparente, y de mi acción política constante, que puede ser acertada ó errónea; pero jamás se ha disipado en la inacción ni abandonado en la indiferencia de los grandes asuntos públicos.

He visto con el placer que un hombre político debe ver un punto de resistencia que ha de servirle de punto de apoyo, surgir una oposición en esta sección electoral, á pesar de que su número — hecho que vosotros conocéis como yo — apenas alcanzaba á muy pocas decenas de vecinos — por más que se ampliara la cantidad con gente extraña — presididos por una persona que había comenzado suscribiendo y haciendo suscribir una adhesión á la candidatura Sáenz Peña. Pero en esa reunión se ha producido un hecho singular: se me ha descubierto — un descubrimiento á lo Peary — resultando del descubrimiento en primer lugar que esta parroquia es el “ feudo de un caudillo de provincia ”. Os ruego me acompañéis á examinar el hallazgo. En verdad me ha costado reconocerme; y aun más reconocer á quien hablaba, recordando haber sido mi condiscípulo, lo que le impedía olvidar que fuí el laureado del curso en la Facultad de Derecho — recuerdo inmodesto — lo reconozco — pero indispensable para despojarme de los atributos de algo así como un comandante de campaña, con que tan solícitamente se me agracia. En cuanto á lo del feudo,



la composición de esta asamblea da excesiva respuesta al concepto; por lo demás, es singular casualidad que no exista en esta sección electoral un solo empleado público de alguna entidad nombrado por mi señorío; ¡pero no! me olvidaba de uno que hice, efectivamente nombrar: es el juez de paz. Conocéis la historia de esa arbitrariedad: este año el gobierno nombró á otro: pero el distinguido caballero nombrado, el vecindario y toda la parroquia exigieron de tal suerte que continuara el antiguo juez, que sin nuevo nombramiento, y á pesar de todas sus renunciaciones, lo tenemos todavía realizando en su puesto ese ideal del hombre de bien, justo y altruísta, que constituye la concepción legal, tantas veces creída utópica, del verdadero juez de paz.

Os he hablado de nuestro convecino José B. Bossio.

Se me ha llamado partidario del éxito. El Dios de mi vida. Francamente, debo declararos que, en verdad, no soy partidario de los desastres: aspiraría — ¿y hay alguno que no aspire? — al éxito más completo de mi país, de mi partido, de mí mismo; pero ante la intención de ese cargo he debido reconcentrarme para recordar si he sido alguna vez empleado ó partidario del general Roca, que viene siendo, hace tantos años, el más genuino y consagrado beneficiario de ese cargo. Pero no lo he sido nunca: desde mi juventud acompañé al doctor Pellegrini; cuando él cayó, lo acompañé en su desgracia, haciendo la más

viva oposición al gobierno desde mi banca de Diputado. Me visteis vosotros llegar con él á esta parroquia hace cerca de seis años: pocos días después era derrotada su candidatura para Senador; me visteis formar contra la candidatura Quintana; actuar en las filas de la Coalición, que era el partido de oposición; me visteis discutir con el gobierno actual y con mis propios amigos, á propósito del decreto del 25 de Enero y privarme voluntariamente de toda influencia, sin renunciar, empero, á la parte dura, al trabajo de las luchas electorales, disciplinando á mi partido.

Creo que podéis dar competente, aunque no agradable testimonio, de que no he respondido debidamente, á pesar de mis mejores deseos, á la teoría del éxito.

En cambio, permitidme aseguraros que esta vez no nos equivocaremos: estamos en la verdadera vía del éxito: el doctor Sáenz Peña será — no lo dudéis — Presidente de la República: el país entero lo quiere: de él será el éxito: en cuanto á mí yo os he asegurado que no volveré, por esta vez al Congreso, única aspiración que pudiera serme deseable, á la altura de mi experiencia.

Os he hablado demasiado de mí mismo, para ocuparme en levantar un otro cargo de incondicionalismo, de hace veinte años, en 1889, cuando se dice que era estudiante: pues ni era estudiante sino diputado en esa época, datando mi diploma de abogado de 1884, ni fuí partidario, sino por el contrario adverso al mo-



vimiento que se llamó incondicional; ni recuerdo haber estado en esta capital en aquellos días. Por lo demás, me siento reconfortado de que mi vida pública ofrezca tan poco blanco que sea necesario ir á buscar cargos en mi vida de estudiante.

Naturalmente, no tendré el mal gusto de retribuir con un parangón el retrato que se me ha hecho: pero no he de dejar de traer un recuerdo siquiera sea para disculpar mi exceso de razón y mi falta de rencores.

He sido una vez empleado administrativo: fuí Gobernador de Misiones: es la época de más sacrificios, esfuerzos y dolores de mi vida: tuve el coraje de ponerme á arrancar las raíces de los más graves y consuetudinarios escándalos: el ataque villano y alevoso llovió sobre mí, como el granizo sobre el lustroso pámpano: necesité un juez insospechable ante quien exhibir no sólo mi acción pública, sino mi vida privada: y encontré no sólo un gran ministro — era Manuel Quintana — sino también un subsecretario capaz de poner su labor, que debía ser ímproba, y su rectitud — que necesitaba ser absoluta — en la tarea de verdad y de honor; produciéndose un decreto que es una página honrosa de mi vida. Y no he podido dejar de experimentar un melancólico desconsuelo al ver al mismo elaborador de ese decreto, á ese espíritu que se señalaba entre su generación por el equilibrio y el reposo; que tuvo un día de amplitud de concepto de buscar la colaboración de uno de los hombres más

íntimos del doctor Juárez, para obtener con su más cercana colaboración el éxito de su gestión pública, recogiendo los prejuicios y las agresiones de épocas olvidadas para hacernos asistir á la transformación sorprendente de un espíritu ecuaníme, al primer contacto con las amargas vulgarizaciones de la tarea electoral.

La Unión Cívica está intentando una obra antinatural, y por tanto destinada á perecer: quiere hacer la historia para atrás, cuando la vida marcha hacia adelante; le falta el pasado que se empeña en atacar, en el presente que quiere desconocer. Su exceso de iracundia no es un signo ni un camino de triunfo: es el gesto airado de la indigencia política.

Señores:

Estas horas iniciales de una nueva jornada hacia el porvenir suscitan en el espíritu las grandes memorias, la concepción más íntima, el recuerdo más querido ó más esplendente de la patria, que cada ciudadano lleva en su alma; y yo siento surgir en mi espíritu, en estos instantes, la visión radiante de las grandes presidencias y de los grandes hombres que pude contemplar cuando se despertaban en mi mente las primeras observaciones del mundo político aun bañadas con la luz celeste de las ilusiones juveniles. Era la última hora del drama de la organización na-



cional: estaban aún en la arena con el músculo tenso y la apostura de los últimos combates, Sarmiento, bravo, volcánico, y recio como el genio que bullía bajo la ancha roca desnuda de su cabeza; Mitre, sereno, pensativo y firme como un apóstol; Vélez, viejo sabio, incisivo, prudente y ático; Avellaneda, que tejía las ideas más intensas con los más bellos hilos de la forma, como en la cabeza de la diosa griega se anidaba la sabiduría bajo las doradas hebras del cabello; Alsina, el Ajax de sus días, caudillo de un solo block; Rawson, la elocuencia; Gorostiaga, la justicia; Tejedor, el carácter... Y allá al pie de las grandes tribunas, aprendiendo á combatir en el combate, toda esa falange tan tempranamente segada por el destino, jóvenes entonces, de Pellegrini, Alem, del Valle, Lucio López, Estrada, Goyena, Leguizamón, Delfín Gallo, ornato y gloria de la sociedad, de la cultura de la prensa y del talento argentino. Allí también estaba Roque Sáenz Peña, caballeresco, gallardo y altivo. Y cuando al través de más de treinta y cinco años, veo surgir su nombre propuesto para la dignidad consular, siento que se transforman en mi espíritu los grandes recuerdos en las grandes esperanzas, como se sucede en la naturaleza el sol que entra en el ocaso con el sol que nace en las auroras.

Sea nuestro voto íntimo y nuestro augurio, señores, que volvamos á ver, después del largo descanso mental del país, en el cual su ocupación preferente

ha sido formarse los músculos necesarios para sostener su enorme crecimiento, una de esas grandes presidencias, que marcan una era en la historia moral de los pueblos.

Os invito, señores, á ponerlos de pie en honor del doctor Roque Sáenz Peña, candidato del pueblo para la presidencia de la República. Os invito, señor Presidente de la Junta Nacional, á declarar solemnemente inaugurado el Comité de la Unión Nacional de la Circunscripción de Santa Lucía.

---

#### DEL SEÑOR OSVALDO SAAVEDRA

Pronunciado en la asamblea de la juventud de la sección 5.<sup>a</sup>  
en el teatro de Flores, el 2 de Marzo de 1910

Señores:

Hay una cierta responsabilidad moral en dirigir la palabra á la juventud desde la edad de los desencantos, porque ella está en el desarrollo de su conciencia social, en pleno vigor asimilativo, en el que las sugerencias de orden público suelen formar el credo de toda una existencia; pero yo he aceptado esta misión porque aunque hayan perdido su prestigio para mí muchas creencias, muchos hombres y muchas cosas, creo



firmente que hay una verdad incontrastable en todas las situaciones de la vida, y que toca á los hombres de experiencia demostrarla en una lucha como esta, en que pudiera confundirse el espíritu de la juventud en la red de mentiras artificiosas con que la oposición viene envolviendo al pueblo.

El finísimo espíritu del doctor Wilde ha caricaturado las exageraciones insanas de la eterna oposición política en una madre que sorprende á su hijo robándole un pedazo de pan, y exclama con aspaviento: ¡Tú, robando un pedazo de pan! ¡Desgraciado! ¡Mañana robarás otros valores y después matarás para robar! ¡Y te condenarán á muerte! ¡Y no podrán enterrarte en sagrado! ¡Hijo de mi alma y de mi corazón, corro á pedirle al cura que te entierren en sagrado!

Esta madre es la oposición de todos los tiempos y de ahora mismo.

¡Cómo! ¡El Presidente con candidato! ¡Y violará la Constitución! ¡Y echará abajo los gobiernos! ¡Y ya no habrá libertades públicas! ¡Seremos unos esclavos! ¡Levántate pueblo de Mayo! ¡La revolución es nuestra historia!

Es preciso curar este histerismo.

Sí, señores, nosotros también vamos á la revolución, á la revolución de las ideas, á perseguir y extirpar el tráfico de la mentira política.

Para la oposición nosotros no somos pueblo, no somos partido, no somos opinión.

En política engaña el que puede.

No, señores; protestemos contra esa escuela perniciosa.

La política es la soberanía del pueblo, la política es la ciencia del Gobierno, la política es la dignidad de la Nación, y es contribuir á la descomposición social plagar la política de mentiras.

Hay que sanear ese ambiente de despecho, — resabio de los caudillos vencidos — que han hecho del gobierno de los adversarios una infección oficial.

La propaganda de la mentira política causa un desastre en la razón del pueblo, porque vicia el carácter nacional y desorienta á las nuevas generaciones en la noción de la verdad.

En todas las sociedades la moral es el ejemplo de los mayores. Se aprende de los padres, de los maestros, de los gobernantes y de la prensa, equiparada al cuarto poder del Estado.

La verdad es atributo indispensable en las relaciones de la vida colectiva, y la política no puede eximir de este deber á ningún hombre, á ningún partido, á ningún diario, á nadie absolutamente que quiera merecer la confianza que acredita á las personas y las cosas en el juego de la vida social, porque la política comprende todas las instituciones y todos los intereses, abarca todo el caudal de una nación, la vida, la paz, la fortuna, la justicia y la libertad.

Y, sin embargo, señores, vosotros sabéis que nos



están combatiendo con la mentira, que desfiguran nuestras asambleas, que ocultan nuestras razones, que desconocen nuestros derechos; y seguramente se preparan para gritarnos al día siguiente de la victoria que les hemos ganado las elecciones con los peones de la aduana y los barrenderos municipales.

En esa propaganda hay dos sentimientos distintos que debemos aquilatar en su naturaleza para aprender á estimar los hombres: hay la lealtad errónea pero sincera del que piensa que se debe al partido en que se inició en la vida cívica, aunque su causa haya caído en el panteón de la historia, y hay el explotador de esa sinceridad, que cuando ve cerrada la entrada de la posición que busca, fustiga á los vencedores para hacerse valer sobre la tranquilidad de la patria.

Yo no me dirijo á esos profesionales.

Yo me dirijo á los hombres que votan por civismo, sin interés personal, para exhortarlos á que nos sigan en esta jornada salvadora, porque la cuestión Presidencia no puede tener otra solución inteligente y patriótica que la fórmula Sáenz Peña-Plaza.

Me dirijo á los hombres que se creen esclavos de su pasado político, para manumitirlos con corrientes modernas de opinión. Su pretendida lealtad es una acción resistente á la evolución progresiva de las ideas, y al querer ser puros se vuelven hostiles. Obstaculizar un gobierno que puede ser bueno es hacer un mal conscientemente.

Me dirijo á los hombres que se engríen de ser nacionalistas ó autonomistas, porque lo fueron hace treinta años — ellos ó sus padres — cuando se agitaban esas banderas que yacen en el Museo Histórico.

Los hombres que piensan siempre lo mismo, son los hombres que no piensan nada.

Cuando al viejo Vélez le enrostraban que se contradecía con su doctrina anterior, respondía con convicción: “Es que he aprendido más desde entonces”.

Girardín contestaba en ocasiones semejantes: No es la veleta la que se da vuelta, es el viento el que cambia.

En la Argentina soplan vientos de ideas. Los partidos personales han desaparecido para siempre. En seguida vienen los sindicatos gremiales y los partidos económicos.

Los que se llaman consecuentes con su pasado están en la línea divisoria entre lo sublime y lo ridículo.

¡Cuidado con su inclinación!

El inválido que llora sobre la tumba de su jefe y que todavía se yergue altivo ante el redoble del tambor — reminiscencia de sus glorias — puede ser una reliquia interesante del pasado, pero si quiere ganar una batalla con su pierna de palo se expondrá á la rechifla de los que lo contemplan.

Los partidos en que se apoyan nuestros adversarios son restos de opinión caduca flotando sobre las olas humanas como astillas de un naufragio.



En el estado actual de la civilización argentina, no hay más que una labor patriótica y fecunda, y es afrontar dentro del orden la solución de los problemas sociales contemporáneos con el ideal del bienestar común.

Esa labor la tiene el pueblo en los comicios.

Pero no basta votar, es preciso saber elegir.

Legislar es extraer la esencia de la razón humana para aplicarla á la salud del pueblo, y esa sutileza que penetra en las profundidades del pensamiento mundial para hallar el secreto de engrandecer la patria, sólo se encuentra en las inteligencias más finas de que está dotada la nación.

El pueblo que no sabe distinguirlas, no sabe hallar el camino de su grandeza.

Si queréis ser felices, aprended á conocer vuestros hombres superiores. No los busquéis por su casaca galoneada, ni por su valor temerario, ni por su fortuna ostentosa. Buscadlos por las ideas benéficas que os lleguen de su cerebro.

No es más difícil elegir un hombre superior que un buen caballo.

Prescindid de las patas, no tenéis más que mirarle la cabeza por dentro.

Aprended á elegir y votad siempre.

El voto es la semilla de donde nacen todas las instituciones sociales.